

Russell Kelfer

Si, Cristo Me Ama

SP975-B

Serie: Deja a Dios Ser Dios



DISCIPLESHIP TAPE MINISTRIES, INC.
INTO HIS LIKENESS RADIO

PO Box 782256, San Antonio, TX 78278 • (210) 226-0000 / 1-800-375-7778 • www.dtm.org • dtm@dtm.org

Si, Cristo Me Ama

Parecían más ángeles que niños. De pie, formando un semicírculo y vistiendo el uniforme del coro color blanco y azul, los niños cantaban con voces angelicales que llegaban al corazón. Dejaban ver la ingenuidad, la pureza y la inocencia. Las palabras que expresaban eran sublimes, y tenían el poder de transportarnos al clímax:

“Sí, Cristo me ama,
Sí, Cristo me ama,
Sí, Cristo me ama,
La Biblia dice así.”

Estas palabras eran bien conocidas, por lo que nadie parecía prestarles mucha atención; eran tan simples que nadie se detenía a pensar en su profundo significado. Era aquel grupo de niños preciosos, que cantaba un corito propio para niños de su edad. Una actuación más que llenaba de satisfacción a los padres de los niños y arrancaba sonrisas de reconocimiento en los rostros de los asistentes. Pero en la tercera fila había dos rostros cuya agria sonrisa no podía ocultar un corazón totalmente amargado. Un rostro pertenecía a Alicia y el otro a Margarita, dos mujeres que aunque miembros fieles de la congregación no manifestaban esa fe sencilla del cristiano que cree verdaderamente lo que la Biblia dice acerca de Cristo. Cuando los niños terminaron con la presentación, Alicia murmuró al oído de Margarita (con esa forma tan peculiar y única en ella) “¿No sería estupendo que la vida fuera así de simple?”

No es difícil que usted pudiera identificarse con el sarcástico comentario de Alicia acerca de la vida. En aquella hora ella no pudo evitar que la dulzura y la simplicidad de la canción y de las voces de aquellos niños de 3 y 4 años con vestidos de seda llegaran a su corazón. Pero al momento de salir de aquel magnífico edificio de la iglesia, a las 12.15 PM y disponerse a regresar al mundo en que se desenvolvía, las palabras del coro “Si Cristo Me Ama” se retiraron de su memoria manifestando de esa manera que no había en ella la menor intención de hacerlas suyas.

Aquella noche, Alicia se encontraba en su apartamento a solas y molesta como era ya su costumbre. Al no poder dormir, tomó su Biblia, no porque fuera su material de lectura favorito, sino porque aun se encontraba sobre la cama en donde inconcientemente la había aventado al llegar a casa.

Comenzó a leer en el único pasaje que le parecía vagamente familiar: Evangelio según Juan, capítulo 3, donde se encuentra una historia verdadera acerca de un hombre llamado Nicodemo. Un hombre notable, religioso y con mucho éxito en la vida, el cual había venido a ver a Jesús de noche con el objeto de discutir con Él acerca de asuntos religiosos. Por supuesto que Alicia había escuchado muchas veces aquel pasaje Bíblico, pero aquella noche le pareció diferente. Esa noche parecía que el pasaje había sido escrito para ella. En su lectura llegó a las palabras más bellas que podían haberse escrito jamás:

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito...” En ese momento, la melodía infantil de la cual se había burlado en la mañana, comenzó a escucharse en sus oídos:

“Sí, Cristo me ama,
Sí, Cristo me ama,
Sí, Cristo me ama,
La Biblia dice así.”

No transcurrió mucho tiempo antes de que las lágrimas comenzaran a rodar por sus mejillas. Por primera vez en la vida de Alicia, la verdad contenida en aquellas palabras se hacía una realidad. “¡Jesús me ama!” exclamó. Alicia sintió un impulso incontrolable de ponerse de rodillas, y cuando se encontraba en esa posición tan humilde, se dio perfecta cuenta del amor de Dios, reconoció su pecado y pidió por primera vez a Jesucristo que entrara en su corazón y tomara su vida. Por supuesto que Jesucristo lo hizo, Él siempre va a donde Lo invitan y entra en donde le abren la puerta. En aquel preciso momento, el corazón de Alicia se renovó como si hubiera florecido. El cinismo que antes había en él había desaparecido, dando lugar a otra Alicia. Algo muy interesante de la historia de Alicia es que inmediatamente tomó el teléfono y llamando a su amiga Margarita le dijo: “Margarita: ¡Así es de simple! Sí, Cristo me ama. Realmente *así* es de simple.”

¡Seguro que así es! Pero si esto es así, ¿no lo hemos dejado de notar algunos de nosotros? O ¿no lo hemos remplazado por alguna teología más “adulta” que suene bien a los oídos y excite la mente, pero que sin embargo en el proceso pierde la confiabilidad de esa simple e infantil expresión de fe con la cual venimos a Cristo?

De acuerdo, *debemos* pasar de la leche a la carne. *Debemos* continuar con las cosas más profundas y elevadas que edifican y aumentan la profundidad y la altura, la longitud y la anchura de ese amor. Pero amigo o amiga, si en el proceso perdemos de vista lo *impresionante* de ese amor,

nuestra búsqueda por esas verdades más profundas solamente nos alejará de la fuente de donde fluyen las riquezas de la eternidad.

Regresemos nuevamente a aquella noche cuando un hombre llamado Nicodemo, se encontró de camino hacia otro Hombre de nombre Jesús. El poseedor de una brillante mente religiosa, vino a Jesús con algunas preguntas honestas, pero también algunos prejuicios, tales como el de asumir que Jesús era simplemente un hombre bueno, no el Dios-Hombre. Vino asumiendo que Jesús había venido de Dios, pero estando en condición de muerte espiritual, no reconocía el hecho grandioso de que más que “*venir*” de Dios, Jesús es Dios. Y así, este Salvador tan amable, vestido con el ropaje de nuestra humanidad, y que había venido al mundo a dar una demostración de Su amor –demostración tan tangible que una vez comprendida nadie podría dudar jamás de ella-, se preparaba ahora, en este pasaje, a hacer una declaración tan simple, que sonará tan clara como el cristal, en los labios de unos pequeños cantando una canción infantil; y sin embargo tan profunda que tendrá el poder de asombrar y conquistar las mentes más agudas en las austeras aulas de los seminarios e iglesias alrededor del mundo y a través del curso de la historia.

La respuesta que Jesús dio a la pregunta de Nicodemo, es el tema que vamos a estudiar en esta lección, nuestro tercero y último estudio de este sorprendente encuentro. Comencemos en Juan 3, versículos 9 hasta el 21:

⁹ Respondió Nicodemo y le dijo: ¿Cómo puede hacerse esto?

¹⁰ Respondió Jesús y le dijo: ¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto?

¹¹ De cierto, de cierto te digo, que lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto, testificamos; y no recibís nuestro testimonio.

¹² Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales?

¹³ Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo.

¹⁴ Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado,

¹⁵ para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

¹⁶ Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

¹⁷ Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.

¹⁸ El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.

¹⁹ Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas.

²⁰ Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas.

²¹ Mas el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios.

El título de esta lección es: “Si, Cristo Me Ama”.

La guía de estudio es la siguiente:

- I. Los Requisitos (Versos 12-15)
- II. El Espejismo (Versos 17-18)
- III. El Milagro (Verso 16)

I- LOS REQUISITOS

Hemos estado tratando con absolutos. Jesucristo: Dios viviendo en el planeta tierra se encontraba en el proceso de definir la realidad. El escenario que El decidió utilizar fue la conversación con una importante autoridad religiosa de Sus días. Un notable hombre en su mundo por lo que sabía, pero notable en esta conversación por lo que ignoraba. Lo que Nicodemo no sabía era que estaba muerto y que solo Cristo podía darle vida. No sabía esto, por lo que Jesús, la personificación del amor, procedió a explicárselo.

Varias verdades emergieron inmediatamente. La primera era que Nicodemo tenía que nacer de nuevo. Su educación no importaba. Su posición en la comunicad, y en la Sinagoga no importaban. Nicodemo no estaba enfermo como para darle una medicina, Nicodemo estaba muerto y a menos que viniera a la vida, él no podía ver el Reino de Dios. La segunda era que esta verdad no era exclusiva del vacío espiritual de este “gigante” religioso. Era un imperativo divino para toda la humanidad. Las palabras clave: “Os es necesario...” Querían decir que para que Dios habitara en la vida de un hombre y por lo tanto el hombre habitara en el Reino de Dios, tenía que nacer de nuevo. Todo hombre que haya vivido, o que hoy esté viviendo, puede ser colocado solo en una de dos categorías: muerto o vivo, salvo o perdido, nacido de nuevo o condenado sin esperanza a una eterna condenación en el infierno. Una u otra categoría. Simplemente no puede haber términos medios, no puede haber medio salvos o medio cristianos.

No iba a haber ni una sola alma en el cielo que llegara ahí solo por ser muy agradable o muy buena. Dios, siendo Amor perfecto, había provisto El Camino, y Dios siendo la Justicia perfecta, *hizo este Camino ineludible*. Para Dios, hacer una excepción, una sola, era tanto como hacerse un Dios menos justo. Dios no puede negarse a Si Mismo. Así que el buril fue aplicado. Los requisitos fueron grabados en las Tablas de la Escritura y no habría absolutamente ninguna excepción. “*El que no naciere de nuevo, no puede ver el Reino de Dios*”.

Aquí tienes el primer requisito: es necesario que el hombre (o mujer) nazca de nuevo. En este pasaje, Jesús procede a definir el segundo requisito. Es aquí donde El entra a formar parte importantísima del requerimiento. No solo es necesario que el hombre nazca de nuevo, sino que para lograrlo, es necesario que intervenga un SACRIFICIO PERFECTO, sin el cual no puede ocurrir el nuevo nacimiento. Es por esto que Jesucristo es el primero y el ÚNICO Hombre que nació con el solo propósito de poder morir. Dios es santo y por eso El no puede permitir que el hombre pecador venga a Su presencia, a menos que se realice un sacrificio para expiar (cubrir) los pecados que lo mantienen separado de Dios. La víctima para ese sacrificio tenía que ser el cordero perfecto, sin mancha ni defecto alguno que pudiera impedir pagar el precio, cancelar la deuda, de modo que un Dios santo que no puede mirar el pecado quedara satisfecho en Su justicia y en Su amor.

Desde luego que no existía tal cordero que pudiera satisfacer totalmente la justicia de Dios. De modo que Dios, cuyo amor es tan increíblemente grande que trasciende el entendimiento del hombre, de tal manera que no hay lenguaje humano que lo pueda describir, proveyó el medio. *Era necesario un sacrificio perfecto, y no lo había*; así que de la misma bella manera que ocurrió con Abraham y su hijo Isaac, la forma como Dios proveyó la víctima correcta para el sacrificio, ocurrió esta vez. Solo que esta vez, el cordero perfecto era El Mismo. Así el primero y el último eslabón en la redención del hombre fue el amor de Dios.

Era necesario, indispensable que alguien muriera. Ese alguien tenía que ser sin pecado. Pero la Biblia dice que “todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23). Debido a esto, a menos que Dios hiciera algo, no había esperanza para el hombre caído. Esa es la razón por la cual el argumento de Jesús en el verso 14, constituye el *requisito final*. Leamos:

¹⁴ Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado.

El asunto es simple: no había otra manera. La humanidad era como un barco a la deriva en el mar. Las olas amenazaban, fuertes vientos soplaban y no se advertía auxilio alguno. Nadie contaba con un barco adecuado para enfrentarse a la tormenta del pecado y salvar a aquellos que perecían. Y si alguien se atrevía, el precio que tendría que pagar sería demasiado alto, pues cualquiera que se aventure a salvar a un hombre que está a punto de perecer en medio del mar embravecido, perecerá también en el intento.

El hombre ha estado físicamente en esa situación con anterioridad. El incidente físico que relataremos a continuación, fue diseñado por el Dios Creador para ilustrar en el panorama de la eternidad, lo que algún día iba a

ocurrir espiritualmente en el corazón del hombre: *Dios se revelaría plenamente al hombre*. El relato se encuentra en el libro de Números, capítulo 21.

¹ Cuando el cananeo, el rey de Arad, que habitaba en el Neguev, oyó que venía Israel por el camino de Atarim, peleó contra Israel, y tomó de él prisioneros.

² Entonces Israel hizo voto a Jehová, y dijo: Si en efecto entregares este pueblo en mi mano, yo destruiré sus ciudades.

³ Y Jehová escuchó la voz de Israel, y entregó al cananeo, y los destruyó a ellos y a sus ciudades; y llamó el nombre de aquel lugar Horma.

⁴ Después partieron del monte de Hor, camino del Mar Rojo, para rodear la tierra de Edom; y se desanimó el pueblo por el camino.

⁵ Y habló el pueblo contra Dios y contra Moisés: ¿Por qué nos hiciste subir de Egipto para que muramos en este desierto? Pues no hay pan ni agua, y nuestra alma tiene fastidio de este pan tan liviano.

⁶ Y Jehová envió entre el pueblo serpientes ardientes, que mordían al pueblo; y murió mucho pueblo de Israel.

⁷ Entonces el pueblo vino a Moisés y dijo: Hemos pecado por haber hablado contra Jehová, y contra ti; ruega a Jehová que quite de nosotros estas serpientes. Y Moisés oró por el pueblo.

⁸ Y Jehová dijo a Moisés: Hazte una serpiente ardiente, y ponla sobre un asta; y cualquiera que fuere mordido y mirare a ella, vivirá.

⁹ Y Moisés hizo una serpiente de bronce, y la puso sobre un asta; y cuando alguna serpiente mordía a alguno, miraba a la serpiente de bronce, y vivía.
(Números 21:1-9)

Los hijos de Israel — el álbum de fotografías físico de la verdad espiritual de Dios — estaban en serios problemas. Habían sido nuevamente liberados por Dios, pero en su común despliegue de ingratitud, comenzaron a murmurar y a quejarse de las provisiones que su Dios había preparado para ellos en su peregrinar. No era ciertamente un hotel de lujo el lugar donde pasaban las noches, y estaban enfermos hasta la muerte (hastidados) de aquella “horrenda dieta” que consistía en nada menos que “Soufflé de Maná a la Carta”. Así que *murmuraron*. Refunfuñaron y hablaron entre ellos mismos, quejándose de que Dios no estaba haciendo un buen trabajo en lo que se refería a alojamiento, y de que ese tipo, Moisés, el brazo derecho de Dios, tenía también que ser culpable.

Ahora bien, “la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). Y para demostrar eso, en forma física, Dios permitió una invasión de serpientes venenosas cuyo apetito era tan grande como el de los hebreos. Las serpientes mordieron a la gente, y la gente comenzó a morir. Cuando los sobrevivientes vieron las consecuencias de su pecado, se arrepintieron. Así fue como Dios ordenó a Moisés ilustrar en el cuadro de simbolismos gráficos de Israel, una *figura* del Calvario. Dios dijo: “Hazte una serpiente ardiente y ponla sobre un asta; y cualquiera que fuere mordido y la miraré vivirá”. “Cuando la gente haya

sido mordida y *sepa que ha sido mordida, si miraren a la serpiente vivirán*". Ese solo acto de fe los salvará. Para la mente natural esto parecerá locura, para otros, piedra de tropiezo. Pero aquellos que estén dispuestos simplemente a hacer lo que *Yo quiero*, serán salvos". Así es que Moisés hizo lo que Dios le ordenó y *todo el que miraba la serpiente vivía*.

Ahora bien, Jesús dijo a Nicodemo: "Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, *así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado*". De la manera que Moisés tuvo que levantar a la serpiente en el desierto, para que los demás después de ser mordidos la miraran, y sanaran así mismo, Jesús tuvo que ser levantado en un Cruz, para que los que le miraran y creyeran, pudieran tener vida eterna. Así que, el nuevo nacimiento es un requisito para que el hombre pecador pudiera ver el Reino de Dios, y el Calvario fue un requisito para que el nuevo nacimiento pudiera ser posible. *No hay otro camino*. La salvación no es posible sin la Cruz del Calvario. Ni la tuya, ni la mía, ni la de nadie.

II- EL ESPEJISMO

En esta forma, el enfoque a través de los lentes de la eternidad se aclara mejor. El hombre está perdido, y no puede salvarse a menos que nazca de lo alto. Pero el hombre no puede pagar el precio del nuevo nacimiento, es necesario que alguien pague por él, y el único que puede hacerlo es Jesucristo. Por lo tanto, a menos que Cristo muera, el hombre no puede vivir.

Sin embargo, mientras el panorama se va aclarando, Satanás actúa sobre la mente del hombre mediante los peores engaños. Tiene la audacia de decirle al hombre que todo no es más que un "espejismo". Susurra al oído de los hombres como susurró al oído de Eva:

"Dios solo te quiere sujetar. Dios disfruta viéndote sufrir. Dios, incluso vino a la tierra con el solo propósito de dictar personalmente sentencia en contra tuya. Dios no ha venido a otra cosa que a condenar al hombre."

Pero Jesús dice: "No Satanás. Lo que tú dices, no solo es mentira, sino que es la más grande y engañosa de las mentiras". *"Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por El"* Pablo afirmó esa maravillosa verdad. Leemos en Romanos 8:1 o que el apóstol Pablo exclamó:

"Ninguna condenación hay para los que estamos en Cristo Jesús".
La palabra NO es tan grande como la palabra "CONDENACION".

Satanás dice que Dios está tan decidido a destruir y engañar al hombre, que ha establecido este inalcanzable baluarte de justicia a donde el hombre no pueda llegar, y que, satisfecho al ver a sus súbditos sufrir y fallar la prueba, Dios viene a la tierra como un tirano auto-justificado y en la forma de Su Hijo declara, con su llegada, al hombre muerto. Condenado.

Pero Jesús dice: “No es así”.

“...esta es la condenación: que la Luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas”.

Desde luego que aquel que rehúsa creer será condenado, pero no porque Dios lo condene, sino porque ese hombre (mujer) *“No ha creído en el Hijo Único de Dios”*, ha rehusado venir a la luz.

III- EL MILAGRO

Satanás dice que la salvación es un espejismo. “Dios solo ha venido al mundo a condenar al hombre”. Dios dice: “No, al contrario”. “La salvación es un milagro”. *“Porque no envió Dios a Su Hijo al mundo, para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por El. Porque, como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en El cree, no se pierda, más tenga vida eterna”*. El Dios vivo y eterno vino a la tierra en forma humana con un solo propósito: rescatar a aquellos que iban a perecer para darles vida.

Imagínate que estás sumamente enfermo y vas a consultar a un doctor y te dice que tu enfermedad es incurable. Que tienes en la sangre un virus que te causará la muerte. Ese médico te ha sentenciado a morir. Tu primera reacción es de ira contra el médico que se atrevió a hablarte así. Tú entraste a ese consultorio ignorando que ibas a morir; ahora has descubierto la horrible verdad, el médico te la reveló. Por tal motivo, tú, erróneamente supones que él es el culpable. Pero no es así, al contrario, *ese médico te ama y se interesa por ti y es por eso que te revela el estado en el que te encuentras*.

Pero imagina que ese mismo médico, con los ojos bañados en lágrimas, te dice: “Hay un solo medio para que tú puedas vivir. Si recibes un intercambio de sangre; sangre de alguien que no haya tenido nunca esa enfermedad; alguien que tenga tu mismo tipo de sangre, tú vivirás”. No dijo “quizás vivas” sino “vivirás”. “El único problema”, procede a decirte el médico, *“es el que la persona que te de su sangre necesariamente contraerá tu enfermedad, y va a morir”*. “Va a morir en tu lugar”. Lleno de ansiedad

exclamas: “Entonces moriré, pues ¿Quién se atrevería a tal cosa? ¿Quién aceptaría morir en mi lugar?”

“*Yo lo haré*” contesta amablemente el médico. “*Yo moriré por ti*”. Tú te preguntas, ¿Por qué ese médico haría eso? Te lo voy a decir: ocurre que ese amable médico es nada menos que tu padre. Te ama tanto que *si esa es la única forma de salvarte*, no solo lo hará, sino que lo hará lleno de gozo y alegría, *porque te ama*.

Permíteme preguntarte, ¿Te atreverías a decir que ese médico es un mensajero de condenación? ¿Le reclamarías por tener la audacia de decirte que a menos que ocurra un milagro ciertamente morirás? No, pues el tuvo que decirte lo grave de tu enfermedad para que tú le permitieras a él sanarte y hacerte vivir.

Amigo lector, si tú no eres cristiano que ha nacido de nuevo, acabas de escuchar el plan de Dios para tu vida. En ti se encuentra una enfermedad mortal, la enfermedad del pecado. Y así es, a menos que ocurra un milagro, morirás in remedio, porque la paga del pecado es siempre la muerte. No hay excepción. Nadie que haya tenido esa enfermedad ha sobrevivido. Pero Dios no te está haciéndolo saber con el fin de condenarte, “*Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en El cree no se pierda, más tenga vida eterna.*”

El Creador de los cielos y la tierra, aquel que hizo que los mundos fueran, se ha acercado tiernamente a ti y amorosamente conectó tus venas con las de la eternidad. El ha derramado Su sangre en el receptáculo de la eternidad, y está esperando trasfundir Su sangre pura, tomando a cambio la tuya contaminada, la cual si permanece en ti producirá irremediablemente la muerte.

Oh amado lector, ¿acaso no ves? La vida eterna no es de ninguna manera complicada. Es por eso que al evangelio se le llama “Las Buenas Nuevas”. Dios te ama tanto que Se dio a Si Mismo; entregó Su propia vida para que tú pudieras ser sanado totalmente de la enfermedad del pecado y no tuvieras que morir eternamente. Es lo mismo que si Cristo se recostara junto a ti y permitiera que Su Sangre pasara a tus venas y la tuya a las de El. Es lo mismo que pensar que Su muerte es la fuente de tu vida.

¿Condenarte? ¡Nunca! Tú te condenarás a ti mismo si rehúsas recibir Su precioso regalo. No es correcto decir que Dios te condena, Dios vino a salvarte. Amigo lector, la Biblia dice:

¿Cómo escaparemos nosotros si descuidamos tan grande salvación?
(Hebreos 2:3)

Permite que Jesucristo te transmita Su vida ahora mismo. En base a lo que Dios dice, yo te aseguro que todas las nubes de confusión desaparecerán y como un niño cerrarás este libro cantando con increíble sencillez: “Cristo me ama. Si, Cristo me ama. La Biblia lo dice así” ¡Y es verdad amigo mío!

Spanish Translation

dtm DISCIPLESHIP TAPE MINISTRIES, INC.

PO Box 782256, San Antonio, TX 78278

210-226-0000 or 1-800-375-7778

www.dtm.org ... dtm@dtm.org ... © Russell Kelfer